

Ignacio Ellacuría

El verdadero pueblo de Dios según Monseñor Romero

RESUMEN

Este es el texto de una conferencia tenida en la VI Semana de Teología organizada en San José, Costa Rica conjuntamente por el Instituto Teológico de América Central (ITAC) y la Confederación de Religiosos de Costa Rica. La semana estuvo dedicada a Monseñor Romero y en ella se estudió el significado eclesial de su vida y de sus enseñanzas.

En este contexto, el presente artículo toma como punto de referencia la vida y la palabra de Monseñor Romero para tratar un problema teológico grave como es el de determinar cuál es el 'verdadero' pueblo de Dios o, si se quiere, cómo debe ser el pueblo de Dios para que pueda considerarse como el 'verdadero' pueblo de Dios. Se ofrecen cuatro características o notas esenciales como determinación del verdadero pueblo de Dios, que no se presentan como exclusivas y son: la opción preferencial por los pobres, donde se alude a las raíces del concepto en el Vaticano II; la encarnación histórica en las luchas del pueblo por la justicia y la liberación; la introducción de la levadura cristiana en las luchas por la justicia; y finalmente la persecución por causa del Reino de Dios en la lucha por la justicia.

Con ello no sólo se analiza lo que debe considerarse como algo esencial al pueblo de Dios, sino que se estudia la relación entre pueblo oprimido y pueblo de Dios, analizando lo que aquél contribuye a éste y lo que éste contribuye a aquél. No es, pues, un artículo puramente teológico sino también un artículo histórico y, si se quiere, político. Y se ejemplifica todo ello con la figura histórica de Monseñor Romero, que tanto trabajó por el pueblo y que tanto hizo para que la Iglesia se configurara cada vez más como verdadero pueblo de Dios.

Los que en un tiempo no eran ni siquiera un pueblo y que ahora son pueblo de Dios (1 Pe., 2, 10).

Difícil hablar teológica e históricamente de Monseñor Romero sin verse forzado a hablar del pueblo y del pueblo de Dios, de un pueblo que, como el siervo de Yahvé ni siquiera tenía faz humana, ni siquiera tenía faz de pueblo y que, poco a poco se fue convirtiendo no sólo en verdadero pueblo sino, a la vez, en pueblo de Dios. Monseñor Romero quería hacer de su pueblo un verdadero pueblo y para lograrlo le descubría su estado de postración y explotación injustas, le anunciaba el futuro que Dios quería para él y le animaba a la lucha en busca de su verdadera y completa liberación. Pero, al mismo tiempo, le importaba sobremanera que la Iglesia se constituyese como verdadero pueblo de Dios y poco a poco fue dándose cuenta de que sólo acercándose al pueblo, de que sólo encarnándose en él, en sus dolores y en sus luchas, en sus alegrías y en sus triunfos, de que sólo siendo el verdadero pueblo de Dios podría la Iglesia ser el cuerpo de Cristo en la historia (**Segunda Carta Pastoral**).

Por eso, si es difícil hablar de Monseñor Romero sin hablar de las luchas del pueblo y de la santidad del pueblo de Dios, es fecundo y útil volverse a lo que fue su vida, su predicación y su martirio para hablar con realidad y con eficacia de lo que ha de ser el pueblo de Dios, de lo que ha de ser la Iglesia, si quiere ser el signo eficaz de una salvación total y si quiere seguir siendo lo que Jesús fue en la historia de Israel y en su vida mortal. Monseñor Romero, en los breves tres años de su vida pública como Arzobispo de San Salvador, se ha convertido en uno de los más grandes profetas de la Iglesia en América Latina. Y una de las explicaciones más profundas de esa grandeza pasa por el reconocimiento, que él fue consiguiendo poco a poco, de que el pueblo de Dios no puede entenderse más que desde el pueblo y de que el pueblo necesita llegar a ser pueblo de Dios para alcanzar su plena dimensión histórica y su cabal transcendencia teológica.

Desde esta perspectiva es claro que mi enfoque del verdadero pueblo de Dios es, a la vez, histórico y teológico. Histórico en el sentido de que tiene que ver con la realidad histórica, con lo que al pueblo le está ocu-

riendo aquí y ahora, con sus afanes y luchas de cada día, con su proceso real de liberación. Teológico en el sentido de que se habla al mismo tiempo de algo que tiene que ver muy directamente con Dios, de algo en que lo histórico se hace transcendente, pero no saliéndose y escapándose de la realidad social de la historia sino ahondando y quedándose en ella para captar el Espíritu que la anima, para lanzarla hacia el futuro negando los límites del presente y rompiendo las limitaciones que la muestran llena de heridas y de pecados.

No se puede dar por evidente desde un principio cuál es el verdadero pueblo de Dios. Ni vale decir desde un principio que el verdadero pueblo de Dios es la verdadera Iglesia. Porque de esto se trata, de saber cuál es la verdadera Iglesia o, si se prefiere, cómo debe de ser de verdad la Iglesia, si quiere ser de verdad el cuerpo de Cristo en la historia, el verdadero cuerpo histórico de Cristo. Ya el Vaticano II (**Lumen Gentium**) después de hablar del misterio de la Iglesia se acerca a su realidad histórica hablando en primer lugar del pueblo de Dios y sólo desde una recta concepción del pueblo de Dios se atreve a hablar de otros temas más institucionales como el de la jerarquía. No es sin más evidente lo que debe ser la Iglesia como pueblo de Dios para que sea en plenitud Iglesia. La Iglesia como realidad sacramental tiene sus propias exigencias. La Iglesia como realidad institucional y jerárquica las tiene también y las tiene asimismo la Iglesia como depositaria de la verdad revelada. Nada de esto queremos discutir aquí. Lo que queremos añadir es que la Iglesia, como pueblo de Dios, tiene también unas exigencias muy estrictas, de modo que si no cumple con ellas deja de ser la Iglesia santa —y en ese sentido la Iglesia verdadera— que debe ser, si quiere ser la continuadora y seguidora lejana de la persona, de la vida y de la misión de Jesús. Es cierto que la verdadera Iglesia puede ser pecadora de muchas formas y en muchos sentidos. Pero en cuanto pecadora no es lo que de ella quiso en verdad el Padre cuando envió a su Hijo sin mancha ni pecado para culminar su labor salvadora. Y en cuanto pecadora no puede decirse que sea la verdadera Iglesia por mucho que insista en ciertas características, que siempre conserva en su conjunto por la promesa de

Cristo.

Por eso nuestro planteamiento por el verdadero pueblo de Dios y, consiguientemente, por la verdadera Iglesia, por la Iglesia que cumple en su discurrir histórico lo que el Padre quiso de ella al enviar al mundo a su Hijo y al prometerle la asistencia del Espíritu, no es un planteamiento apologético a la antigua usanza, cuando se pretendía demostrar que la religión cristiana era la verdadera religión y la Iglesia católica la verdadera Iglesia. Ese planteamiento no es el que ahora nos interesa. Lo que nos interesa es preguntarnos cómo debe configurarse la Iglesia como verdadero pueblo de Dios para constituirse cada vez más en aquella Iglesia santa, que ha de cumplir una misión específica en este mundo de los hombres y que no la va a cumplir ni medio bien, si es que realmente no tiene en cuenta tanto en su estructuración como en su actuación las exigencias de lo que es el verdadero pueblo de Dios.

El tema es vasto. Pero teniendo presente la palabra y la obra de Monseñor Romero vamos a ofrecer aquí algunas características esenciales de lo que ha de ser el verdadero pueblo de Dios. Nos anima a ello un doble motivo. En primer lugar, es evidente que la obra de Monseñor Romero, centrada sobre la Iglesia como verdadero pueblo de Dios, removió hasta el fondo la conciencia de su pueblo y aun la conciencia de muchos pueblos y logró para la Iglesia una credibilidad que antes no había tenido y para muchos cristianos una reviviscencia de una fe comprometida hasta la muerte, que antes no se daba en igual forma; sólo los escribas y fariseos pueden negar que el paso de Monseñor Romero por la Arquidiócesis de San Salvador supuso un verdadero paso de Dios por la historia de El Salvador y de toda la América Latina, una renovada presencia de Jesús, que lo dominó y lo convirtió con su Espíritu a través de su conversión al pueblo (cfr. Ella-curía, I., "Monseñor Romero, un enviado de Dios para salvar a su pueblo", *Sal Terrae*, Diciembre, 1980, pp. 825-832; *Diakonia*, Abril 1981, pp.2-8). En segundo lugar, las razones teológicas, que explícita e implícitamente, rigieron la conducta apostólica de Monseñor Romero en la búsqueda y discernimiento del verdadero pueblo de Dios son sólidas razones, que pueden convertirse en característi-

cas esenciales, quizá no suficientes pero desde luego necesarias y con dinamismo para convertirse en suficientes, de lo que ha de ser el verdadero pueblo de Dios.

1. La opción preferencial por los pobres como característica del verdadero pueblo de Dios.

Pareciera que sólo desde Medellín y Puebla se ha empezado a hablar de la opción preferencial por los pobres como característica exigencial de la Iglesia y del pueblo de Dios. No hay duda de que Medellín y Puebla han subrayado con vigor este aspecto, pero ya lo había hecho antes el Vaticano II. Y no podía ser de otro modo. Porque hablar de la Iglesia y, sobre todo, de la misión de la Iglesia —y la Iglesia debe ser definida fundamentalmente desde su misión— sin hacer referencia explícita a la opción preferencial por los pobres sería una deficiencia de tal categoría que podría hablarse de herejía, si es que se estuviese negando explícita y deliberadamente esa opción; podría hablarse desde luego de una deficiencia gravísima, si es que en la práctica la Iglesia no afirmase y, lo que sería mucho peor, llegase a negar lo que en el fondo y de verdad implica la opción preferencial por los pobres.

Efectivamente —y es bueno recordarlo ahora frente a quienes piensan que la opción preferencial por los pobres es una moda del sociologismo teológico latinoamericano, inficionado por la lucha de clases— que en el Vaticano II hubo un vivo reclamo de varios obispos, especialmente de Lercaro, Gerlier y Himmer —estos dos últimos en la sesión del 4 de Octubre de 1963— por la poca importancia que se estaba dando a los pobres en el esquema preparado oficialmente en Roma. Ya entonces insisten una serie de Obispos en que el misterio de Cristo, siempre presente en la Iglesia, está hoy presente de manera especial en los pobres. De ahí que el obispo de Tournai, Mons. Himmer, dijera: "*primus locus in Ecclesia pauperibus reservandus est*"; hay que reservar a los pobres el primer puesto en la Iglesia. Y es volviéndose a los pobres cómo la Iglesia se convertirá en una fuerza dinámica capaz de producir históricamente una nueva creación, un hombre nuevo. Ya entonces se habló de una Iglesia de los po-



bres, muy olvidada en la predicación habitual, en los trabajos del Concilio y en el propio esquema de la constitución sobre la Iglesia. (cfr. **II Concilio Vaticano II**, a cura de Giovanni Caprile, III, Roma, pp. 40 y ss.). La razón de estas quejas era tan manifiesta y el olvido tan grave y evidente que una cierta referencia a este problema fue introducido en el propio capítulo primero, dedicado al mis-

terio de la Iglesia, esto es, en su parte más dogmática. En él se dice: "Más como Cristo cumplió la redención en la pobreza y en la persecución, así la Iglesia es llamada a seguir ese mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación" (**Lumen Gentium**, 8 c). Y luego añade: "La Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando

la cruz y la muerte del Señor hasta que El venga" (ib. 8 d), donde recoge la cita de San Agustín (Civ. Dei, XVIII, 51, 2), en la que sitúa a la Iglesia entre las persecuciones que le vienen del mundo y los consuelos que le vienen de Dios.

Quedaba, sin duda, por delimitar qué se entiende por pobres y quedaba por definir lo que era una opción, no cualquiera, si-

no preferencial por los pobres. Ya lo insinuaba el Concilio cuando juntaba pobreza con persecución y, sobre todo, cuando afirmaba que la Iglesia debía seguir el mismo camino de Cristo para comunicar a los hombres los frutos de la salvación. La salvación alcanzada por Cristo y los frutos de salvación comunicados por la Iglesia tienen una misma naturaleza y se dan en la misma trayectoria histórica.

Medellín dedicó uno de sus documentos a la "pobreza de la Iglesia". Y para saber lo que son los pobres en la realidad histórica de América Latina no tuvo más que abrir los ojos sin prejuicios ni ideologías: "el Episcopado Latinoamericano no puede quedar indiferente ante las tremendas injusticias sociales existentes en América Latina, que mantienen a la mayoría de nuestros pueblos en una dolorosa pobreza cercana en muchísimos casos a la inhumana miseria" (14, 1). Y añade: "un sordo clamor brota de millones de hombres pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte"(14,2). Es que "Cristo nuestro Salvador, no sólo amó a los pobres, sino que 'siendo rico se hizo pobre', vivió en la pobreza, centró su misión en el anuncio a los pobres de su liberación y fundó su Iglesia como signo de esa pobreza entre los hombres" (14, 7). Y en otro de los documentos resume la situación de nuestros pueblos: "desde el punto de vista objetivo, una situación de subdesarrollo, delatada por fenómenos masivos de marginalidad, alienación y pobreza, y condicionada, en última instancia, por estructuras de dependencia económica, política y cultural con respecto a las metrópolis industrializadas que detentan el monopolio de la tecnología y de la ciencia (neocolonialismo). Desde el punto de vista subjetivo, la toma de conciencia de esta misma situación, que provoca en amplios sectores de la población latinoamericana actitudes de protesta y aspiraciones de liberación, desarrollo y justicia social" (10, 2).

Es, pues, bastante claro quiénes son los pobres en América Latina, según Medellín. Son, ante todo, los desposeídos que luchan por su liberación y son también todos aquellos marginados, segregados y, más en general, todos los que sufren sobre todo en razón de su pobreza o de su abandono. Pero esta ampliación del concepto histórico de pobreza, no oscurecía el sentido fundamental del pobre que lo es objetivamente por el empobrecimiento y opresión debidos a factores socio-económicos y políticos y lo es subjetivamente cuando toma conciencia de esa situación y lucha por la liberación como lo hizo el pueblo de Israel ante el Faraón opresor, que no les dejaba vivir su libertad y que les impedía vivir su religión.

Esta claridad pretendió ser enturbiada

en los preparativos de Puebla. (cfr. Gustavo Gutiérrez, *La fuerza histórica de los pobres*, Lima, 1979, sobre todo el artículo: "Sobre el Documento de Consulta para Puebla" (Abril 1978), pp. 183-235); Ignacio Ellacuría, "Entre Medellín y Puebla", ECA, 1978, pp. 121-129; Jon Sobrino. "Sobre el documento de trabajo para Puebla", ECA, 1978, pp. 903-918). La reacción de las comunidades de base, de algunos obispos y de los teólogos impidió que Puebla se desviase. Puebla abre también sus ojos a la realidad de América Latina y afirma: "comprobamos, pues, como el más devastador y humillante flagelo, la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos expresada, por ejemplo, en mortalidad infantil, falta de vivienda adecuada, problemas de salud, salarios de hambre, desempleo y subempleo, desnutrición, inestabilidad laboral, migraciones masivas, forzadas y desamparadas, etc." (n. 29). "Al analizar más a fondo tal situación descubrimos que esta pobreza no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras causas de la miseria" (n. 30). Y ya con más sentido expresamente cristiano se nos dice: "la situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela" (n. 31). Son los rostros de los niños golpeados por la pobreza, rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar un lugar en la sociedad; rostros de indígenas y de afro-americanos; rostros de campesinos, rostros de obreros, rostros de sub-empleados y desempleados, rostros de marginados y hacinados humanos, rostros de ancianos (n. 32-39). Y también se señala el aspecto activo de los pobres: "desde el seno de los diversos países del continente está subiendo hasta el cielo un clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos" (n. 87).

A estos pobres es a los que va dirigida la opción preferencial de la Iglesia: "volvemos a tomar, con renovada esperanza en la fuerza vivificante del Espíritu, la posición de la II Conferencia General que hizo una clara y

profética opción preferencial y solidaria por los pobres. . . Afirmamos la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral” (n. 1134). Esto ha llevado ya a la denuncia de las graves injusticias derivadas de mecanismos opresores, lo cual ha traído consigo no pocas persecuciones y vejaciones; también los pobres “han comenzado a organizarse para una vivencia integral de su fe y, por tanto, para reclamar sus derechos” (n. 1137), con la consiguiente cuota de vejaciones y persecuciones. (cfr. Gustavo Gutiérrez, 1. c., “Pobres y liberación en Puebla”, Marzo 1979, pp. 239-302; Jon Sobrino, “Los documentos de Puebla, serena afirmación de Medellín”, ECA, 1979, pp. 125-138).

Vaticano II, Medellín, Puebla van ahondando en la necesidad de la opción preferencial por los pobres, de modo que no puede hablarse de verdadero pueblo de Dios sin que se ejercite y se lleve a la práctica esa opción. No hay verdadero pueblo de Dios más que cuando se da un pueblo configurado fundamentalmente por pobres, que anuncian la realización del Reino de Dios en la tierra y que luchan por esa realización que pasa forzadamente por la lucha contra la injusticia que mantiene a la mayoría de los latinoamericanos y a la mayoría de la humanidad en condiciones indignas del Reino. Monseñor Romero conocía estos documentos, pero sólo paulatinamente entendió su sentido y se atrevió a ponerlos en práctica. Antes de llegar a San Salvador, antes de ponerse en contacto no sólo con los pobres sino con la persecución que padecen los pobres y los pastores que luchan por la liberación integral, más bien veía con precaución esta línea de Medellín, que le parecía entonces proclive a una excesiva politización de la Iglesia y a un desviacionismo hacia la lucha de clases. Pero ese contacto con los rostros humanos de los pobres y con la persecución le abrió los ojos y le condujo a adoptar posiciones teóricas y prácticas de gran claridad teológica y de vasto alcance profético.

No puede decirse de él que desconociese o minusvalorase nunca a los pobres en sentido más tradicional y superficial: los enfermos, los sufrientes, los desvalidos. No puede olvidarse que tras su traslado a la arquidiócesis de San Salvador renuncia, en primer lu-

gar, al palacio episcopal que los ricos le ofrecen construir e, inmediatamente, pasa a vivir en el llamado “hospitalito” donde se recoge a pobres enfermos desahuciados. Allí vivirá hasta su muerte y en la capilla de ese hospital será asesinado. A esa obra benéfica entrega los premios en dinero que se le dan o se le ofrecen. Es importante subrayar este punto. El concepto político de pobre, que Monseñor Romero llamará pueblo —e inmediatamente veremos qué entendía por pueblo—, no le surge en contraposición excluyente con el concepto asistencial de pobre sino que se le impone por la realidad misma de los hechos. Su atención al pobre canceroso, a la humilde viejecita abandonada, al hombre afligido por la vida no le suponen la tentación piadosa y la coartada espiritual para ignorar o desconocer en la práctica quién es el pobre, como elemento constituyente del pueblo y como elemento específicamente del “pueblo” de Dios. He aquí una primera gran lección, dada más con su vida que con sus palabras. Los pobres, el pueblo no son aquí y ahora cualesquiera desvalidos o afligidos; también lo son, pero no lo son de forma principal y primaria. De ahí que la parte mejor de la opción preferencial por los pobres no es en su favor. No están ni mucho menos excluidos, pero no son la parte mejor.

¿Quiénes son entonces los pobres como elemento básico del pueblo de Dios? Para Monseñor Romero en El Salvador no había ni cabía duda alguna. Eran a) las mayorías populares, la inmensa mayor parte del pueblo que vivía en condiciones inhumanas de pobreza, en razón no de su desidia, de su debilidad o de su falta de capacidad, sino en razón de que eran —y son, claro está— explotadas y oprimidas por estructuras e instituciones injustas, por países opresores y por clases explotadoras, que constituyen en su conjunto orgánico la violencia estructural o institucional; b) las organizaciones populares reprimidas en su lucha orgánica para darle al pueblo un proyecto popular y un poder popular, que le permitan ser autor y actor de su propio destino; c) todos aquellos, organizados o no, que se identifican con las justas causas populares y que luchan en su favor. Los pobres tienen, por tanto, dos características fundamentales: ser los desposeídos, los empujados, los explotados o simplemente

marginados de todo el proceso productivo en razón del predominio de estructuras injustas y de grupos explotadores; y contribuir activamente a que este estado de cosas termine por un proceso de liberación. La primera de las características es la más importante, la más básica; pero la segunda debe completar la primera.

Los pobres, así entendidos, el pueblo así configurado, constituían la piedra de toque para la bondad política de cualquier proyecto y para la transcendencia histórica de la misión eclesial. Lo que sea bueno para el pueblo así entendido, será bueno políticamente; lo que sea aceptado por el pueblo será lo que se debe promover. Incluso un elemento importante para la propia acción profética, magisterial y pastoral de Monseñor Romero era este "sentir con el pueblo", con el que fue modulando la leyenda escogida para su escudo episcopal, que rezaba "sentir con la Iglesia". No todo se reducía a este "sentir con el pueblo", pero este aspecto era un elemento esencial para poder "sentir con la Iglesia" y, sobre todo, para poder encontrar en las circunstancias históricas concretas —lo cual es misión profética— cuál es el designio de Dios, cuál es la interpretación correcta de los signos de los tiempos y cuáles son las acciones que han de emprenderse.

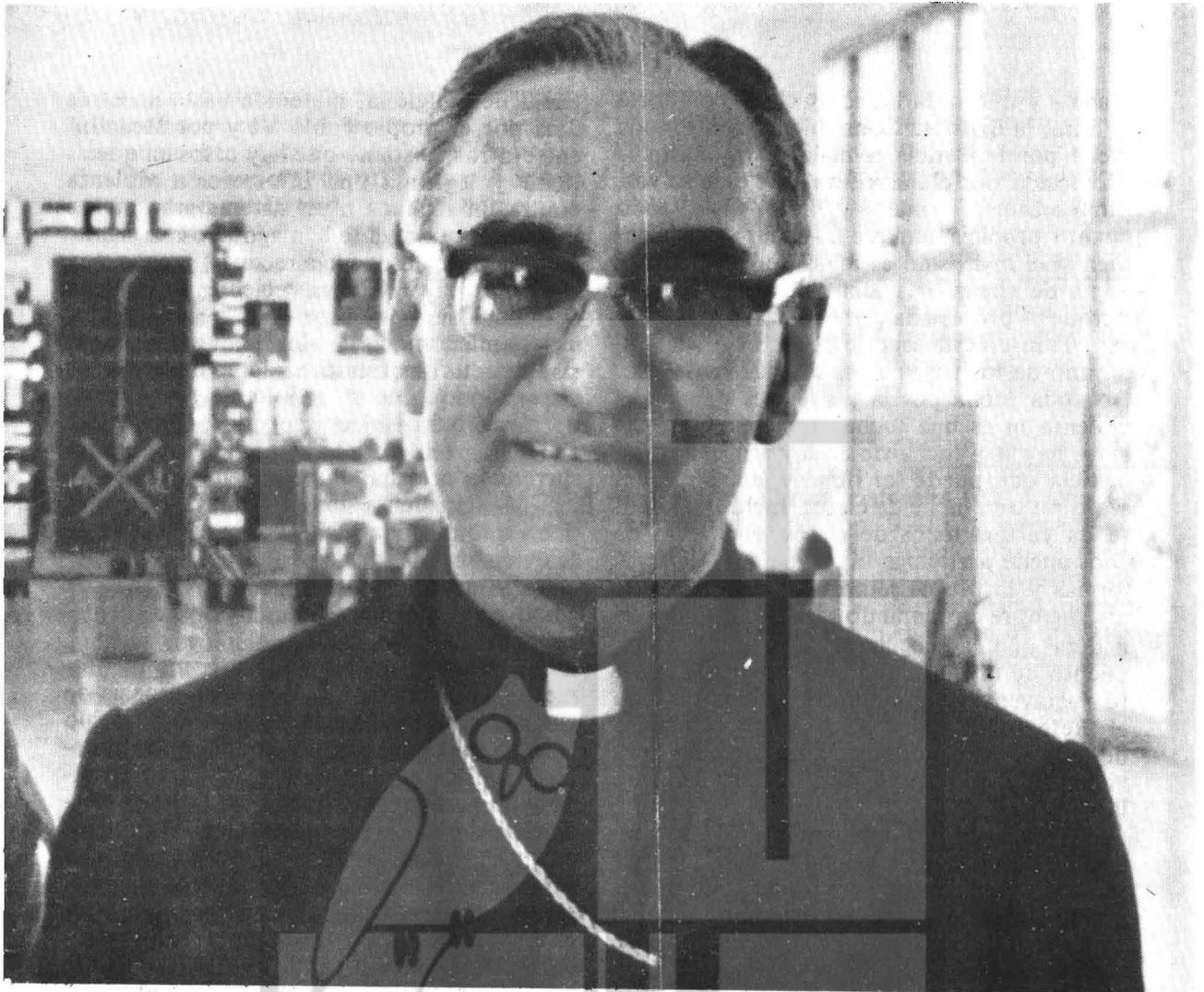
Es claro que esta conversión al pueblo es el modo propio como Monseñor Romero encontró el camino de su propia conversión (cfr. Ellacuría, Ignacio, "Monseñor Romero, un enviado de Dios para salvar a su pueblo", I. c). Y es allí además donde encontró su fuerza profética. Desde la luz de la fe y desde la oración personal Monseñor Romero leía en la historia real del pueblo lo que debía hacer como Pastor e inmerso en esa historia se agigantaba su postura humana, porque en el seno del pueblo es donde sentía la fuerza de Dios que le impulsaba y que le convirtió realmente en voz de los sin voz (cfr. J. Sobrino, I. Martín Baró y R. Cardinal, *La voz de los sin voz*, San Salvador, 1980). Fue el pueblo de los oprimidos el que hizo grande a Monseñor Romero y fue ese mismo pueblo el que le hizo santo y le dio fuerzas para ser mártir, mártir en el testimonio y mártir en la sangre derramada ante el altar. Nada de esto le alejó de Dios y en ese sentido no puede hablarse de una politiza-

ción ni menos de una mundanización de su vida o de su mensaje. Todo lo contrario él supo encontrar a Dios allá donde más presente y verdadero estaba.

Esos eran, pues, los pobres y ese era el pueblo de Dios para Monseñor Romero. Pero queda por determinar en qué estaba la opción preferencial por ellos o cuál era la modalidad de esa opción. Dejando para el siguiente apartado otros aspectos de la cuestión, quisiera en éste tratar brevemente un sólo aspecto. La opción por los pobres no surgía en el caso de Monseñor Romero en virtud de un odio primario de los ricos, entendidos éstos como contrapuestos a los pobres y causantes de su pobreza. Nadie podrá achacar a Monseñor Romero odio a los ricos como personas; desde luego no en su etapa anterior al arzobispado de San Salvador, donde, si de algo pudiera acusársele, es de alguna condescendencia a sus halagos —punto sumamente importante para no ver en sus posiciones posteriores forma alguna de resentimiento social—, pero tampoco en su etapa de arzobispo: su mensaje para ellos era un mensaje de conversión y de amor. Sus palabras más duras no fueron para los ricos, fueron para los gobernantes y fueron, sobre todo, para los responsables últimos de la represión al pueblo. Lo primario, entonces, no fue en momento alguno el odio a los ricos o a los poderosos sino el amor a los pobres y a los oprimidos. Que este amor tuviera su contraparte respecto de los opresores, no puede hacer olvidar la perspectiva exacta: no se parte del odio a una de las partes del conflicto sino del amor a la otra. Parecerá sutil la diferencia, pero es esencial y de incalculables consecuencias. No fue nunca el odio el motor de su elección ni de su acción; fue el amor, eso sí, un amor comprometido con la realidad concreta de aquellos a quienes preferencialmente amaba y por quienes preferencialmente había optado.

2. La encarnación histórica en las luchas del pueblo por la justicia y la liberación, característica del verdadero pueblo de Dios.

La opción preferencial por los pobres en el caso de que esos pobres son en forma abrumadora las mayorías oprimidas lleva necesariamente a luchar por lo que son sus de-



rechos fundamentales. Puebla decía: “los pobres, también alentados por la Iglesia, han comenzado a organizarse para una vivencia integral de su fe y, por tanto, para reclamar sus derechos” (n. 1137), donde se reconoce una organización de los pobres alentada ‘también’ por la Iglesia y donde, sobre todo, se pone en estrecha relación la vivencia integral de la fe y la reclamación activa de sus derechos; se organizan los pobres para la vivencia integral de su fe y “por tanto” para reclamar sus derechos. No es hora de discutir aquí la forma esencial en que la lucha por la justicia está implicada en el anuncio de la fe (cfr. **Varios, Fe, justicia y opción por los oprimidos**, Bilbao, 1980, especialmente pp. 11-78), sino más bien de mostrar cómo la encarnación histórica del pueblo de Dios en las

luchas por la justicia y la liberación son una característica del verdadero pueblo de Dios, allá donde reinan la injusticia y la opresión.

¿Cómo se va a ser una Iglesia de los pobres, cómo se va a tener una opción preferencial por los pobres, si se les abandona en su estado o si no se contribuye a su lucha por la justicia y la liberación, cuando ésta ya se ha emprendido? No hacerlo sería probar con los hechos la falsedad de las palabras y la ambigüedad de la opción.

Y, sin embargo, en este punto se multiplican las dificultades contra la presencia del pueblo de Dios en las luchas populares. La raíz común de todas estas dificultades estriba en entender que toda lucha de este tipo es una lucha de clases, que toda lucha de clases debe ser una lucha violenta —entiéndase ar-

mada— y que toda lucha de clases comporta el odio, la división. Consiguientemente, toda lucha por la justicia es mala, porque estaría propiciada por el marxismo, que es, a su vez, intrínsecamente malo y hace malo todo cuanto propicia, aunque no siempre se aclara bien si el marxismo es malo por propiciar la lucha de clases o la lucha de clases es mala porque es propiciada por el marxismo.

Pero en esta especie de largos sorites cada uno de los pasos no es sin más verdadero. No toda lucha por la justicia es una lucha violenta ni es una lucha de clases; por otro lado, hay una lucha violenta y armada por la justicia que puede ser lícita y aun obligada, sea o no una lucha de clases. Incluso cuando se da ya una lucha de clases, el pueblo de Dios puede participar en ella de muy diversas formas y la propia jerarquía puede intervenir, siempre procurando más la justicia verdadera que la paz aparente o el mantenimiento de un statu quo evidentemente injusto y gravemente pecaminoso e inmoral, con el pretexto de que toda violencia es mala o de que la violencia engendra siempre más violencia y no resuelve nunca el problema de la injusticia.

Para sustentar debidamente todas y cada una de estas afirmaciones y para precisar su alcance sería menester escribir todo un capítulo de ética política cristiana, cosa que aquí no podemos hacer. Pero pueden hacerse algunas alusiones que iluminen al lector.

No toda lucha por la justicia es violenta y armada. Hay caminos de reivindicación laboral en que los trabajadores luchan en favor de su causa a través de huelgas, movilizaciones de masas, contratos colectivos, etc. Este tipo de lucha entre trabajadores y patronos es genéricamente una lucha de clases, que se disputan con intereses contrarios los beneficios del trabajo, entiéndanse éstos como plusvalía o no. Pero el problema no se suele dar tanto en este plano sino en aquella lucha revolucionaria que intenta el derrocamiento de un poder injusto y el establecimiento de un poder contrario; el establecimiento de este nuevo poder y, sobre todo, el derrocamiento del anterior a veces se puede hacer a través de una huelga general no demasiado violenta, pero otras veces sólo se puede a través de una larga lucha armada o de una insurrección general. Ahora bien, una larga tradición doc-

trinal de la Iglesia, mantenida hasta nuestros días por el propio Pablo VI y por Medellín entre otros, sostiene que hay casos en que es lícita y legítima una insurrección violenta contra un régimen o un sistema gravemente injusto, cuando ya se han agotado razonablemente todos los demás recursos menos destructivos. Y en el caso reciente de la lucha del pueblo nicaragüense contra el régimen y el sistema somocista —lucha que quiérase o no tuvo un profundo carácter de lucha de clases, aunque no se redujo a ser una lucha de clases pura— el episcopado nicaragüense en pleno reconoció la legitimidad de esa insurrección armada, que hoy vemos que costó más de cincuenta mil víctimas. Tenemos, pues, que no toda lucha por la justicia ha de ser violenta y armada y que no por ser violenta y armada debe ser siempre rechazada como no conforme a razón, como no aceptable para el pueblo de Dios.

¿Puede el pueblo de Dios como tal propiciar la lucha armada como una especie de guerra santa, cuando la mayoría del pueblo no sólo está injusta y violentamente explotada y oprimida, sino que se han cerrado todos los caminos pacíficos para la reivindicación de derechos fundamentales? Por menos motivos se han predicado en el pasado guerras y cruzadas. Sin embargo, no compete al pueblo de Dios iniciar, en cuanto tal, una lucha armada, entre otras razones más discutibles, por la muy simple de que no corresponde a su naturaleza y no está preparado para ella o porque otros están mejor preparados para emprenderla. Pero esto no quita para que el pueblo de Dios pueda contribuir a la lucha y al triunfo con las armas que le son propias, las cuales no son ciertamente armas estrictamente bélicas, pero no por eso ineficaces.

Pero sigue siempre la objeción de la lucha de clases. Esta objeción tiene dos vertientes: la lucha de clases engendra odio entre las clases y la fe cristiana no anuncia el odio sino el amor; la lucha de clases, en caso de triunfo de la clase oprimida, lleva a una dictadura del proletariado y a la implantación de un sistema marxista, en el que no es posible la libertad, especialmente la libertad religiosa.

Según la teoría marxista, la lucha de clases es una necesidad histórica determinada

por leyes objetivas, que se refleja después en la conciencia colectiva de la clase, que sólo derivadamente reobra sobre la realidad objetiva. No nos importa discutir ahora si esto es así o no lo es; se trata de una cuestión científica, que está más allá de las elucubraciones teológicas. La referencia sirve tan sólo para mostrar que en el marxismo la lucha de clases no es una especie de pasión inducida subjetivamente sino una realidad social objetiva. Esto no obsta para que el modo subjetivo de llevar a cabo la lucha de clases, el lenguaje emotivo que en ella se emplea con frecuencia pueda suscitar odios y revanchismos. Todo ello es malo e inoportuno y el pueblo de Dios haría bien en ponerse en guardia contra ello. Pero para que esto no se haga hipócritamente por parte de quienes desde fuera y en connivencia con las clases dominantes se sirven del espíritu cristiano para combatir las luchas revolucionarias, conviene recordar que lo mismo ocurre en las luchas entre naciones o entre bloques de naciones, que pocas veces han sido objetadas desde este punto de vista. No sabe uno por qué escandaliza tanto la lucha de clases y tan poco la lucha de naciones. Ni sabe uno por qué escandaliza tanto la lucha de clases y tan poco la existencia de clases, que en cuanto tal implica ya la lucha legal de la clase dominante contra la clase dominada, que lo único que hace es responder como puede a una lucha objetiva no iniciada por ella.

Queda la otra vertiente de la objeción: la lucha de clases lleva al comunismo y a la dictadura del proletariado, donde se niega toda libertad y donde se persigue a la Iglesia institucional. Esta no es sino una hipótesis, referida a la actual realidad latinoamericana, fuera de que no se debe ver el problema desde la institucionalidad de la Iglesia sino desde el Reino de Dios y desde el pueblo de Dios, aspectos éstos que no pueden separarse por completo, pero que tampoco conviene identificar por completo. La persecución a la Iglesia en Guatemala y en El Salvador no tiene comparación posible con la persecución que pudo darse en Cuba y, desde luego, no tiene comparación alguna con el respeto que merece la Iglesia institucional en la actual situación de Nicaragua. Como quiera que sea, la Iglesia en este punto debe ser completamente sincera consigo misma y pre-

guntarse qué es lo más conveniente para el pueblo y no qué es lo más conveniente para ella misma. Asimismo, desde el lado marxista, se debería estar claro en que la repetición dogmática de las tesis marxistas de manual no es la mejor manera de encontrar el verdadero camino en la realización de un proyecto histórico, que si es histórico debe acomodarse plenamente a la realidad social en que se quiere establecer; los dogmatismos y los sectarismos dejan escapar entre sus rigideces la verdadera sustancia de la realidad histórica.

Sobre todos estos puntos escribió y habló Monseñor Romero, especialmente en sus dos últimas *Cartas Pastorales* (cfr. *La voz de los sin voz*, 1. c., pp. 91-172). Educado en un anti-marxismo rígido dejó poco a poco toda forma de ser "anti" para convertirse en observador crítico. Siendo él mismo, manso y humilde de corazón, hombre de paz, no por eso cayó en silencios cómplices ni en pacifismos bucólicos en apariencia, pero terriblemente crueles y violentos en la realidad. Se le acusaba de predicar la violencia, de suscitar el odio de clases, de crear divisiones y conflictos. Las acusaciones tenían la misma verdad —ni más ni menos— que parecidas acusaciones hechas en su tiempo contra Jesús. Y es que Monseñor Romero conocía bien el espíritu y el talante de los profetas. Y no se escandalizaba en nombre del Príncipe de Paz.

Recordaba, por ejemplo los terribles oráculos de los profetas contra las naciones (Is. 13-23; Jr. 46-51; Ez. 25-32; Am. 1-2). Recordemos algunos de ellos para comprender de cerca cuán comprometida puede ser la acción de Dios en las luchas del pueblo:

"Porque así dice el Señor;
 Por el palmeteo de tus manos y el bailoteo de
 tus pies,
 por haberte regocijado, con tu mala entraña,
 a costa de los campos de Israel;
 por eso extendiendo mi mano contra ti; te daré
 como botín a las naciones,
 te extirparé de entre los pueblos y te
 exterminaré de la tierra,
 te destruiré para que sepas que yo soy el Señor" (Ez. 25, 6-7)

“Esto dice el Señor:

Por haberse ensafiado los filisteos, por haber
tomado venganza,
aniquilando con mala entranza, por vieja hosti-
lidad;

por eso, así dice el Señor:

voy a ajusticiar a los verdugos,
voy a acabar con los supervivientes de la orilla
del mar.

Haré con ellos una venganza terrible, castigos
despiadados,
y sabrán que yo soy el Señor cuando ejecute
en ellos mi venganza” (Ez. 25, 15-17).

Todo esto es palabra profética del Señor. Y aunque en el propio Antiguo Testamento y, sobre todo, en el Nuevo Testamento, hay otras palabras que llaman a la paz, a la mansedumbre y al perdón, unas y otras deben ser conciliadas entre sí para ofrecer toda la riqueza y complejidad del mensaje revelado. El propio Jesús fue condenado por subversivo, por violentador del orden socio-religioso establecido, por sus ataques contra las autoridades.

El pueblo de Dios no busca en las luchas históricas el poder para sí. Denuncia los males que afligen al pueblo oprimido y anuncia cómo debe ser el camino hacia el triunfo de la paz y cómo debe configurarse en grandes líneas el futuro, si es que quiere hacer más próxima la plenitud del Reino de Dios entre los hombres. Dirán los analistas marxistas que con ello el pueblo de Dios realiza una labor ideológica útil en la lucha revolucionaria, cuando realmente el pueblo de Dios se pone de todo corazón y con todo riesgo al servicio de las mayorías populares. Pero esa ‘utilidad’ puede ir mucho más allá de lo que estimen y permitan los políticos marxistas. Y, sin embargo, el pueblo de Dios no se asusta porque sus posiciones críticas favorezcan más a quienes realmente se han puesto a favor de las luchas populares, porque su apoyo indirecto no es porque sean marxistas sino porque aquí y ahora son los que más a fondo están luchando contra la injusticia opresiva y represiva. El día en que ellos se conviertan en opresores y represores, también el pueblo de Dios se alzarán contra ellos, si es que se da esa circunstancia.

3. La introducción de la levadura cristiana en las luchas por la justicia, característica del verdadero pueblo de Dios.

Ningún proyecto histórico cumple con la utopía del Reino de Dios en la tierra. Ninguna realización histórica alcanza el ideal que el Reino de Dios exige para los hombres y para los pueblos. Por lo mismo, el anuncio pleno del Reino sirve para señalar límites y para animar las luchas, pero sirve sobre todo para aportar direcciones y valores específicos, que los proyectos puramente terrenales no pueden aportar. Si el llamado pueblo de Dios no logra hacer presente en los proyectos y en las realizaciones históricas, tanto en el ámbito de las personas como en el ámbito de las estructuras, esas direcciones y esos valores, es que no se trata del verdadero pueblo de Dios. Los verdaderamente creyentes en la fuerza del Espíritu de Cristo no se pueden conformar con lo que dan de sí los dinamismos puramente políticos de ningún sistema político y tenderán a contribuir histórica y visiblemente con los dinamismos que son propios del Reino de Dios, tal como se nos clarifican en la figura de Jesús y en los demás anunciadores del Reino en el Antiguo y Nuevo Testamento, así como en sus continuadores históricos. El Reino de Dios predicado por Jesús no es una alternativa dualista a los proyectos políticos temporales, pero sí es una presencia real y efectiva en esos proyectos, que queda expresada en la antigua parábola evangélica de la levadura en la masa de harina.

Sería absolutamente desproporcionado desarrollar aquí lo que la fe cristiana y el Reino de Dios deben aportar a las luchas populares y al triunfo revolucionario. Sería un tema demasiado general y abstracto. Preferible es ceñirse a una realidad concreta, en este caso el de la lucha por la justicia en El Salvador y esto desde la perspectiva de lo que hizo Monseñor Romero. Aun así el tema es excesivamente amplio y por ello no se pretenderá aquí más que señalar algunos rasgos, que ni siquiera muestran toda la riqueza de la labor profética y pastoral de Monseñor Romero, sino que se reducen a indicar algunas de sus contribuciones a la crítica, al enriquecimiento y a la potenciación cristiana de la lucha por la liberación.

Monseñor Romero partía en sus juicios históricos de una profunda experiencia personal de Dios, tal como se nos ha revelado en Jesucristo y tal como se nos hace presente por su Espíritu. Sobre este punto ha escrito profundamente Jon Sobrino y a sus artículos me remito (“Mons. Romero: Mártir de la liberación. Análisis teológico de su figura y de su obra”, ECA, 1980, pp. 253-276; “Monseñor Romero: Profeta de El Salvador”, ECA, 1980, pp. 1001-1035, reproducido en Mons. Romero, verdadero profeta, Managua, 1981; “Mons. Romero y la Iglesia salvadoreña un año después”, ECA, Marzo, 1981).

Desde esta experiencia se abría Monseñor Romero a toda la transcendencia del Reino de Dios. Una transcendencia que, para nuestro propósito, le servía para condenar limitadas realizaciones históricas que contradecían palmariamente las intenciones del Reino de Dios, para animar a nuevas realizaciones en las que se diese al pueblo el lugar de preferencia que le corresponde y para des-absolutizar cualquier proyecto político y cualquier organización popular por buenas que parezcan y por necesarias que sean. Dios es siempre mayor que cualquier realización y organización humanas y Dios no quiere que se absolute ninguna realización y organización humanas. Son éstas necesarias, incluso para que la transcendencia se haga visible en la historia, pero ninguna de ellas agota la transcendencia ni puede convertirse en ídolo. Más aún, esa experiencia de lo trascendente, tal como es vivida desde Jesús, le mostró a Monseñor Romero una línea fundamental de conducta de indudable actualidad. Así como la Iglesia no es para sí sino para el Reino de Dios, así tampoco las organizaciones populares son para sí sino para el desenvolvimiento del pueblo. Las organizaciones populares no son fines en sí mismas, ni ellas pueden afirmar que lo que es bueno para ellas es sin más bueno para el pueblo, de modo que mirando primeramente por sí y por su robustecimiento orgánico o por su hegemonía es como mejor trabajan por el pueblo. Esto no es así. Toda organización es más pequeña que el pueblo y ninguna de ellas puede dar ni siquiera en el proyecto lo que el pueblo de verdad necesita; ninguna de ellas puede hablar exclusiva y dogmáticamente en nombre del pueblo. Toda ellas son necesarias

para que el pueblo haga sentir su voz y su eficacia, pero ninguna de ellas ni todas en conjunto pueden dar de una sola vez lo que es la voluntad popular. Se encierra aquí una profunda llamada tanto a la modestia como a la unidad, tanto a la auto y hetero-crítica superadora como, sobre todo, a poner por encima de toda consideración particularista el bien del pueblo oprimido.

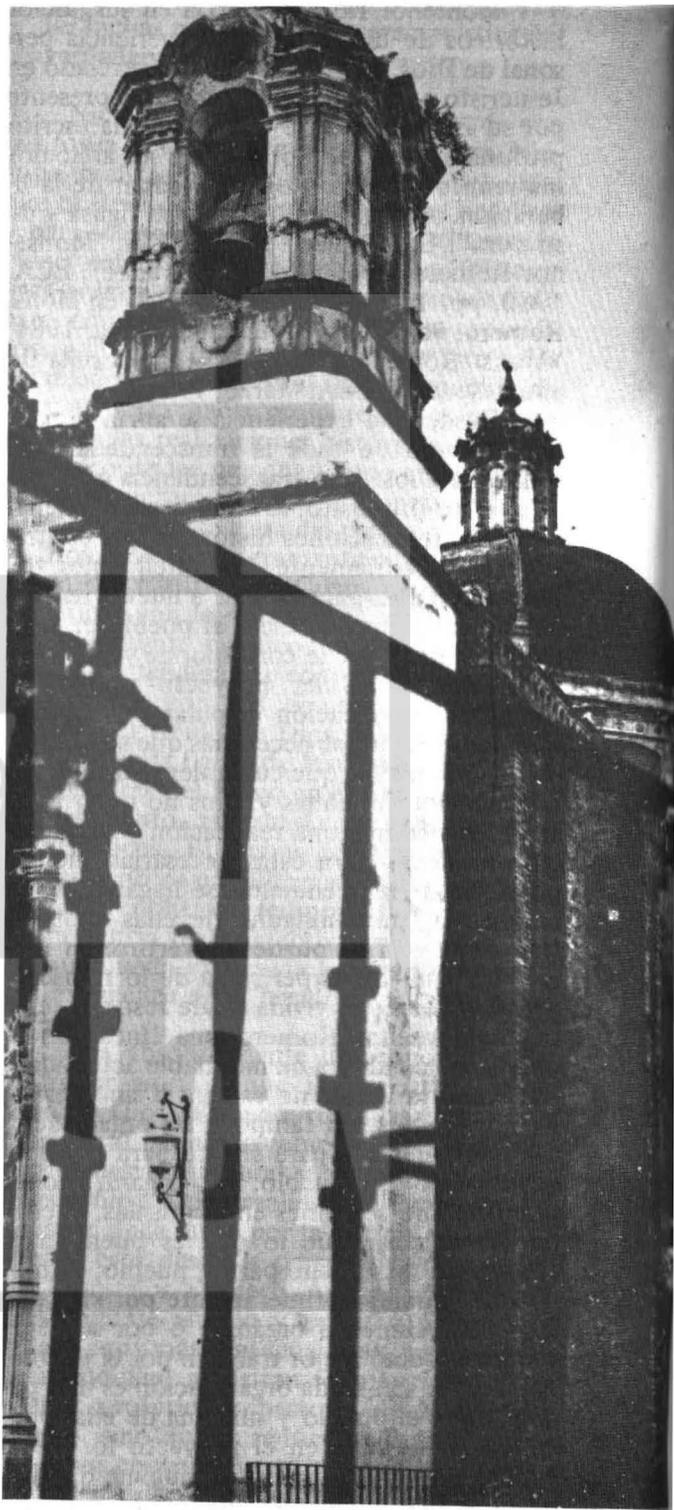
Y es que en Monseñor Romero el pueblo era lo primero o, si se prefiere, Dios se le presentaba, ante todo, en el ‘pueblo de Dios’, que podríamos llamar el Dios del pueblo, si es que atendemos al ejemplo de Jesús y a sus palabras de que en los más pobres y necesitados se encuentra más intensa su presencia. Respecto del pueblo una de las actitudes primarias de Monseñor Romero era la misericordia, la enorme compasión con los dolores de su pueblo. De verdad y no sólo de palabra podía decir él, como Jesús, “tengo compasión de esta masa” (Mc. 6, 34; Mt. 14, 14). Sentía, ante todo, una gran misericordia por su pueblo. Le dolían sus sufrimientos, le dolían sus torturas y sus muertes, le dolía la prolongación de los días de lucha, de persecución. Nada de esto era abstracto para él, sino que todos tenían nombre propio, rostro propio. El dolor y el llanto del pueblo, antes que otra cosa, suscitaba en él compasión y misericordia. Y este era un sentimiento primario. La mentira e hipocresía de los poderosos, la represión, incluso la obcecación de los ricos, podía causar en él cólera. Pero la injusticia sufrida por el pueblo, la persecución padecida por los campesinos, los obreros, los maestros, los sacerdotes. . . no suscitaba en él odio ni ira; suscitaba misericordia y compasión como modulaciones del amor que sentía por su pueblo. Y esto era anterior a cualquier otro sentimiento, que quedaba matizado por la misericordia. La misericordia y la compasión mostraban su corazón bueno y humilde, pero mostraban cómo, sobre otra cosa, estaba para él el pueblo y el bien del pueblo. No eran sólo sus ovejas, eran sus hijos. Quizá esto le dificultaba un tanto una consideración más estructural del problema, pero le daba la gran ventaja de entablar una relación personal e inmediata con los dolores y angustias de su pueblo, a quien acompañaba incesantemente, a quien prestaba su voz, a quien ofrecía su vida. La miseria

humana por parte de quienes la sufrían despertaba en él una gran misericordia; por parte de quienes la provocaban despertaba en él indignación, cólera, etc., pero también como entintadas por la misericordia.

Esta misericordia real, verdadera por el pueblo, organizado o no, es un aporte del pueblo de Dios, cuando es verdadero pueblo de Dios. La misericordia, tanto en el orden personal como también en el orden de la orientación de las soluciones políticas, es un ingrediente necesario en las luchas de liberación. Una misericordia nacida en un amor verdadero, que se refiere más a las personas de carne y hueso que a los integrantes de una clase o de una organización. Monseñor Romero mostró que una gran misericordia no está en contra de la lucha, de la pasión por la justicia, incluso del uso de la violencia. Lo que hace es humanizar la justicia, la lucha y la violencia. La misericordia no excluye el castigo, pero subordina el castigo a valores superiores. Monseñor Romero entendía bien que la perfección del cristiano pasa por la misericordia: conocía bien el mandato de Jesús de ser misericordioso como vuestro Padre es misericordioso (Lc. 6, 36) y conocía el valor de aquella bienaventuranza propia del pacífico y misericordioso.

Sobre esta misericordia puede darse una justa cólera. El Antiguo Testamento lo muestra a cada rato por parte de Dios y del hombre, lo mismo que lo hace el Nuevo Testamento. Hay una cólera santa, que viene de Dios y que puede llenar el corazón del profeta (Jr. 6, 11; 15, 17). Jesús mismo se muestra lleno de cólera en algunas de sus palabras y en algunas de sus acciones. Observando sus denuncias violentas, sus amenazas y sus acciones, no puede decirse tan fácilmente que el Nuevo Testamento corrige al Antiguo. Es cierto que la cólera no es ni lo primero ni lo último. Pero tampoco se le puede exigir al seguidor de Jesús, en nombre de una abstracta reconciliación o de un falso pacifismo, que tolere sin protesta el armamentismo de los poderosos y la explotación de los oprimidos, que abandone la cólera, en lo que tiene de rebeldía contra el mal y contra quienes mantienen al borde de la muerte a las mayorías populares.

Junto a esta misericordia, que no excluye la cólera y el compromiso activo en la lu-



cha por la justicia, está también la fe en los pobres de la tierra, que funda la opción preferencial por los pobres. No era tampoco esto una frase para Monseñor Romero: creía en los pobres como en lugar privilegiado de la manifestación de Dios, creía en ellos como lugar privilegiado de la constitución y de la misión de la Iglesia, y creía finalmente en ellos como los impulsores y los dueños del destino popular. Puede hablarse, pues, de una fe teológica en el pueblo y también de una fe política en él. "Los pobres son un signo en América Latina. Las mayorías de nuestros países son pobres y por eso están capacitadas para recibir estos dones de Dios, y llenos de Dios ser capaces de transformar sus propias sociedades" (Homilía del 17 de Febrero de 1980, *La voz de los sin voz*, 1.c., p. 248). "Los pobres han marcado por eso el verdadero caminar de la Iglesia. Una Iglesia que no se une a los pobres para denunciar desde los pobres las injusticias que con ellos se cometen, no es verdadera Iglesia de Jesucristo" (ib., 251). "Los pobres son los que nos dicen qué es el mundo y cuál es el servicio que la Iglesia debe prestar al mundo" (ib.). La Iglesia se encarna en el pobre para descubrir en él el verdadero rostro del siervo sufriente de Yahvé, anuncia la buena nueva a los pobres, se compromete a defenderlos y por eso sufre su destino: la persecución. Puebla recogerá más tarde este espíritu: "El compromiso con los pobres y los oprimidos y el surgimiento de las Comunidades de Base han ayudado a la Iglesia a descubrir el potencial evangélico de los pobres, en cuanto la interpelen constantemente llamándola a conversión y por cuanto muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios. . ." (Puebla, n. 1147). "Ustedes que no tienen esos ídolos. Ustedes que no confían porque no tienen dinero o el poder, ustedes desvalidos de todo, cuanto más pobres, más dueños del Reino de Dios, con tal de que vivan de verdad esta espiritualidad, porque la pobreza que aquí dignifica Jesucristo no es una pobreza simplemente material, no tener nada, y eso es malo; es una pobreza que toma conciencia, es una pobreza que acepta la cruz y el sacrificio no con conformismo, porque sabe que no es eso la voluntad de Dios" (Homilía, 1.c., p.

254).

Esta fe en los pobres es, desde luego, un escándalo. Ciertamente el marxismo teórico ha puesto su fe en el proletariado, como clase explotada. No puede decirse que esta concepción, a pesar de su similitud aparente, se identifique con lo que es la fe cristiana en el pueblo. Está, desde luego, mucho más cerca de ella que otras concepciones que ponen toda su fe y su esperanza en los poderosos oficiales de este mundo y en sus pautas culturales y políticas. Pero no se identifica con ella. No es fácil presentar en breves frases las diferencias. Estas no se expresarían adecuadamente diciendo que el marxismo pone su fe en la fuerza del proletariado como clase explotada, mientras que la fe cristiana se centra más sobre la debilidad de los pobres, porque la debilidad de los pobres se convierte en fuerza de Dios y así no queda reducida a pura debilidad pasiva. Y, sin embargo, hay una diferencia profunda entre la debilidad del pueblo de Dios y la fuerza de la clase proletaria; una diferencia profunda entre la fuerza del pueblo de Dios y la fuerza del proletariado. Lo cual no obsta a que puedan conjugarse, de modo que la fuerza de los explotados pueda potenciar la debilidad de los pobres de Yahvé y la debilidad de éstos pueda potenciar de distintas formas la fuerza objetiva y subjetiva de los explotados. Conjugación que no debe verse como pura maniobra táctica a la hora de la lucha y de la insurrección sino que debe proseguir a la hora de la reconstrucción, en la que ya no opera directamente el estímulo del explotador y en la que, por tanto, es necesario que opere directamente la presencia creadora de los valores estrictamente populares.

Y es que esta fe en la fuerza escandalosa de los empobrecidos va estrechamente enlazada con la esperanza. Monseñor Romero fue un gran sembrador de esperanza, un profeta que pasaba inmediatamente de lo negativo a lo positivo y que veía en el futuro una apertura que el presente le cerraba: "Preguntan por nuestra contribución. ¿Qué tenemos para ofrecerlos en medio de las graves y complejas cuestiones de nuestra época? Muchas veces me lo han preguntado aquí en El Salvador. ¿Qué podemos hacer? ¿No hay salida para la situación de El Salvador? Y yo, lleno de esperanza y de fe, no sólo de una fe divi-

na, sino con una fe humana, creyendo también en los hombres, digo: 'sí, hay salida; pero que no se cierren esas salidas'. La Iglesia sólo aporta un valor: la esperanza en los hombres" (Homilía, 18, Febrero, 1979, *La voz de los sin voz*, 1.c., p. 315). "Si en la historia de nuestra patria se han entenebrecido los cielos, no desesperemos. Somos una comunidad de esperanza" (17, Diciembre, 1978, ib.).

La esperanza de los pobres no se fundamenta en una genérica bondad de los hombres ni en la buena voluntad de los poderosos ni en los dinamismos del desarrollo. Los pobres del mundo saben bien que todos esos factores en vez de proporcionarles salida a sus problemas, los han empeorado en su conjunto. La esperanza de los pobres se fundamenta más bien en la intolerabilidad de la situación presente: su historia pasada y su presente no les permiten otra salida que lanzar sus ojos hacia el futuro. Hubo un tiempo en que se les predicó una fe que les hacía fatalistas o, al menos, no les impulsaba a salir del fatalismo: resignación ante el presente, espiritualización de sus carencias y de sus sufrimientos, consuelo en un futuro más allá de la historia. Hoy ya no es así. Su nueva conciencia les impulsa a preguntarse por un futuro histórico, que sea la negación de su presente desolado, un futuro que han de recibir como don pues no está presente ni siquiera parece estar a su alcance, pero un futuro al mismo tiempo que han de construir porque Dios quiere la negación activa de un presente de pecado y la afirmación operativa de un futuro que se acerque más y más a las exigencias del Reino de Dios. No tanto se anuncia la abrogación del presente por la promesa del futuro sino que se levanta la afirmación del futuro sobre la negación del presente; en esta negación del presente, que primaria e inmediatamente muestra su intolerabilidad, su injusticia, su empecatamiento, habla el Dios negado y habla anunciando un futuro nuevo que debe ser creado sobre la negación de lo que es evidentemente mal y pecado. La negación del pecado presente es la afirmación del Dios futuro, aceptado, eso sí, que en esa negación activa está ya presente Dios. Si se quiere, el Dios del futuro y de la promesa se dibuja ya presente como negación de lo que actualmente destruye a la hu-

manidad. Y como la negación se hace carne en el dolor del pueblo, en su pobreza, en el trato inhumano a que es sometido, por eso es el dolor del pueblo y su protesta la revelación del Dios futuro, pero de un Dios crucificado. Si el futuro estuviera fundado en la línea del progreso y de la evolución, nunca tendríamos un Dios crucificado ni los pobres representarían otra cosa que un subproducto del desarrollo que habría de reducirse a un mínimo; pero si hay un Dios crucificado —y la crucifixión de Jesús y la crucifixión del pueblo, así lo muestran—, entonces el futuro es un futuro de negación y de subversión, en el que la obra de Dios se realiza fundamentalmente a través de los pobres y en la que el pueblo crucificado tiene mucho que hacer en la salvación como fundamento activo de la esperanza, una esperanza que se alimenta del dolor y de la represión pero que se funda últimamente en la fe en el Crucificado y Resucitado. (cfr. Ignacio Ellacuría, "El pueblo crucificado. Ensayo de Soteriología Histórica", en *Varios, Cruz y Resurrección*, México, 1978, pp. 49-82).

Esta esperanza tiene, sin duda, una dimensión trascendente y escatológica. Nunca dejó de señalarla Monseñor Romero, pero no para hacer pacifistas y resignados a los que sufren, mientras los poderosos se envueltonan y siguen en sus depredaciones, sino para dar mayor fuerza y sentido más pleno a la negación del presente y a la construcción del futuro. La dimensión trascendente subraya, como ya antes apuntábamos, que la historia es más que la historia y, desde luego, que la dimensión política del hombre no agota toda su realidad; la dimensión escatológica subraya que hay un futuro de resurrección para el hombre, por más oscuro que pueda parecer a la razón la naturaleza de ese futuro. Monseñor Romero vivía de esta esperanza trascendente y escatológica, sentía presente a Dios, al Dios definitivo y último, en la transitoriedad de los sucesos históricos, pero lo sentía como promesa cierta de una transcendencia personal más allá de la historia. Todo ello sin ruptura ni confusión. Las palabras finales de su última homilía dominical, la víspera misma de su muerte habló de la transcendencia en la liberación y se expresó así: "La Iglesia predica su liberación tal como la hemos estudiado hoy en la Sagrada Biblia, una libera-

ción que tiene, por encima de todo, el respeto a la dignidad de la persona, la salvación del bien común del pueblo y la trascendencia que mira ante todo a Dios y sólo de Dios deriva su esperanza y su fuerza" (Homilía, 23, Marzo, 1980, l.c., p. 292).

Una última característica no puede faltar en esta enumeración parcial de las que hacen, entre otras, que el pueblo de Dios sea cada vez pueblo de Dios más verdadero. Es el espíritu de permanente y radical conversión. De él fue ejemplo excepcional Monseñor Romero, no sólo en el salto radical que dio tras su primer contacto con la persecución sangrienta al pueblo de Dios sino en su evolución permanente. No le parecía que por pertenecer a la Iglesia, haber sido bautizado y ordenado, mantener la doctrina y respetar la jerarquía era ya santo; sabía bien que hay muchos que pueden decir eso y que, sin embargo, están muy lejos de lo que debe ser todo cristiano y no digamos todo pastor puesto al frente de una Iglesia. Sobre unos principios permanentes, sobre una fe sólida, Monseñor Romero estaba alerta a las llamadas de Dios que surgían de los signos históricos, eclesiales o políticos. No se instaló, no se estableció de una vez por todas. Quiso seguir aprendiendo, cambiar de posición según los dictados de la realidad y las exigencias de las mayorías populares. Lo que era bueno para el pueblo, era bueno para la Iglesia.

Por eso su conversión, supuesta una permanente y esforzada con-versión a Dios en la oración y en el retiro, era también una permanente y esforzada con-versión al pueblo oprimido, del que en sus luchas y en sus dolores sabía recoger, como el decía, la voz del siervo doliente de Yahvé. No era una vuelta abstracta y doctrinal a un pueblo genérico e indiferenciado; era un constante estar con los campesinos en sus cantones, con los obreros en sus problemas, con las madres de los desaparecidos, con las víctimas de la represión, con los líderes políticos populares. No renunciaba a hablar con nadie ni limitaba su deseo de ayudar excluyendo a persona alguna. Pero sus preferencias eran claras, porque sentía mucho más cerca la presencia de Dios y la presencia del hombre en los humildes, en los niños, en los perseguidos, en la gente sencilla. Tal vez era duro con los poderosos, fueran estos ricos, gobernantes, militares u

obispos; incluso podía serlo, aunque en otro sentido, con los líderes de las organizaciones populares. Pero no lo era con el pueblo. Y esto, porque en el fondo, él siguió siempre siendo un sencillo hombre de pueblo, surgido de entre él para ser su voz y su representante, pero nunca su dominador. Tenía bien clara la idea de que era ante todo un servidor, pero esto no era en él una retórica vacía sino una disponibilidad ininterrumpida. Con él los pobres estaban a gusto y él estaba a gusto con ellos. Cortés con los poderosos, no puede decirse que en general estaba a gusto con ellos.

Apoyado en el pueblo, convertido a él pudo hacerse fuerte e independiente no sólo contra las presiones civiles sino también contra las presiones religiosas de parte de la Conferencia Episcopal de El Salvador, de parte del CELAM y también de parte del Vaticano. Frente a todas estas presiones, algunas de ellas del todo punto intolerables, supo mantener su postura afirmando siempre que no era la suya, sino que era la que le imponía Dios a través de la voz y del mayor bien de su pueblo. Poco a poco fue logrando un grado cada vez mayor de libertad, aun a sabiendas de que esa libertad le podía costar el que le arrebataran su ministerio de arzobispo de San Salvador o el que le quitaran la vida.

Su ejemplo en este punto es válido no sólo en el interior de la Iglesia sino también en el interior de las organizaciones populares. No basta con pertenecer a una organización revolucionaria, no basta con sostener unos principios doctrinales revolucionarios, no basta con mantener una obediencia ciega a los propios dirigentes o una disciplina estricta. Todo esto puede ser necesario en alguna medida. Pero nada de ello puede excusar la permanente con-versión al pueblo, a sus necesidades empíricas, al grado de su ánimo, a la tolerabilidad de sus sufrimientos; nada de ello puede excusar de una permanente disposición crítica, como Monseñor Romero repetía, fundada en la convicción de que el pueblo es mayor y más valioso que cualquier organización y de que ninguna organización puede arrogarse la represión plena del pueblo. Hay en esta convicción un principio permanente de autocrítica y de cambio, de renovación, de aprendizaje, sin los que toda revolución se empantana y se llega a conver-

tir en aparato burocrático. Ni el pueblo es la organización, ni la organización es la dirigencia, y sólo en la permanente conversión de la dirigencia a la organización y al pueblo puede avanzarse críticamente.

Todo este conjunto de aspectos podrían constituir lo que pudiera llamarse una espiritualidad de la pobreza, referida a una situación concreta, la situación revolucionaria de El Salvador. Una espiritualidad que realmente puede servir de levadura cristiana en las luchas por la justicia. Hay en El Salvador mucho espíritu revolucionario, expresado más en la necesidad de cambiar lo que ahora se tiene que en la claridad de lo que se debe tener. Parte de ese espíritu revolucionario y subversivo ha sido despertado por la palabra de la Iglesia, que ha denunciado bravamente la injusticia inaguantable abatida sobre las mayorías populares desde hace mucho tiempo, pero que en los últimos años ha cobrado caracteres alucinantes. Ha denun-

ciado y ha animado al pueblo a que busque con su propio esfuerzo salida a su problema. También otras fuerzas y otras ideologías han contribuido a ello y, sobre todo, han ofrecido cauces orgánicos por los que orientar su dinamismo de protesta y de revolución. Pero no todo está hecho ni acabado. La Iglesia puede y debe seguir infundiendo en el proceso nuevas dosis de espíritu, una espiritualidad que no pretende sustituir presuntas conciencias de clase, pero que sí quiere ser su levadura. Levadura en el proceso y levadura en la orientación del proceso, para que todo él se oriente hacia la paz y la reconstrucción del país. No es un espíritu destructivo y revanchista, es un espíritu que no confunde los medios con los fines y que sabe que, en el mejor de los casos, nos espera un futuro muy difícil, muy áspero, lleno de esfuerzos y trabajo, en el que cuanto antes debemos entrar para que el pueblo pueda desatar toda su creatividad y toda su bondad, convertido en verdadero pueblo de Dios.



4. La persecución por causa del Reino de Dios en la lucha por la justicia, característica del verdadero pueblo de Dios.

El verdadero pueblo de Dios en un mundo dominado por el pecado no puede menos de ser perseguido, porque, como pueblo de Dios, quiere ser negación del pecado e instaurador de un Reino que es en gran parte la negación de las actuales estructuras. Jesús lo anunció así y puso en la persecución una clara señal de la bienaventuranza que trae consigo el pertenecer al Reino de Dios. Por eso decía Monseñor Romero: "Cristo nos invita a no tenerle miedo a la persecución porque, créanlo hermanos, el que se compromete con los pobres tiene que correr el mismo destino de los pobres. Y en El Salvador ya sabemos lo que significa el destino de los pobres: ser desaparecidos, ser torturados, ser capturados, aparecer cadáveres" (Homilía, 17, Febrero, 1980, l.c., p. 257). "Me alegro, hermanos, de que nuestra Iglesia sea perseguida, precisamente por su opción preferencial por los pobres y por tratar de encarnarse en el interés de los pobres" (15, Julio, 1979, ib., p. 454). "Sería triste que en una patria donde se están asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo" (24, Junio, 1979, ib.). "Sólo me consuela que Cristo también, que quiso comunicar esta gran verdad, también fue incomprendido y le llamaron revoltoso y lo sentenciaron a muerte, como me han amenazado a mí estos días" (3, Junio, 1979, ib., p. 460). "Quiero asegurarles a ustedes, y les pido oraciones para ser fiel a esta promesa, que no abandonaré a mi pueblo, sino que correré con él todos los riesgos que mi ministerio exige" (11, Noviembre, 1979). "No sigan callando con la violencia a los que estamos haciendo esta invitación. Ni mucho menos continúen matando a los que estamos tratando de lograr que haya una más justa distribución del poder y de las riquezas de nuestro país. Y hablo en primera persona porque esta semana me llegó un aviso de que estoy yo en la lista de los que van a ser eliminados la próxima semana. Pero que quede constancia de que la voz de la justicia nadie la puede matar ya" (24, Febrero, 1980, ib., 461), pa-

labras dichas un mes antes de su asesinato. "He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirles que, como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección. Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad..." Como Pastor estoy obligado por mandato divino a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquellos que vayan a asesinarme. Si llegaran a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y resurrección de El Salvador. . . El martirio es una gracia que no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad. . . Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro. . . Ojalá, sí, se convenzan que perderán su tiempo. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás" (La voz de los sin voz, l. c. p. 461).

En estas citas se juntan el testimonio de Monseñor Romero sobre la necesidad histórica, según la palabra de Jesús, de que el pueblo de Dios sea perseguido, cuando sigue los pasos de Jesús y cuando lucha por la liberación de su pueblo y la persuasión creciente de que su vida le iba a ser arrebatada por quienes no toleraban que se hubiese convertido tan eficazmente en voz de aquellos a quienes se les había arrebatado hasta la palabra.

Respecto de la persecución la ve, por lo pronto, como una consecuencia inexorable del compromiso con los pobres: el que se compromete con los pobres tiene que correr el mismo destino que los pobres, y él sabía muy bien cuál era el destino de los pobres que luchaban por su liberación o que los opresores estimaban como candidatos potenciales a esa lucha. La opción preferencial por los pobres, una opción activa es la que trae la persecución a la Iglesia; es su encarnación entre los pobres la que en El Salvador le trae toda suerte de persecuciones, desde la calumnia y el hostigamiento hasta el exilio y la muerte. Es un hecho palmario que buena parte de la Iglesia de El Salvador se ha entregado de lleno a defender la causa de los pobres no en forma abstracta y genérica sino peleando

contra los abusos de la represión y alentando a quienes justamente luchan por sus derechos. La respuesta no se ha hecho esperar: un obispo muerto, diez sacerdotes asesinados, tres monjas y una seglar misionera violadas, torturadas y asesinadas, decenas de predicadores de la palabra desaparecidos, torturados y finalmente masacrados, decenas de sacerdotes y religiosos exiliados, iglesias, colegios y residencias asaltadas, cateadas, ametralladas; órganos y medios de difusión de la Iglesia dinamitados. . . Es difícil encontrar en los anales de la Iglesia actual una Iglesia tan martirizada y perseguida puramente por su fidelidad al compromiso con los pobres, por querer ser verdadero pueblo de Dios.

Dicen los cobardes, los prudentes y los interesados que todo esto le sucede por meterse en política. Pero Monseñor Romero se preguntaba: ¿habría hecho otra cosa Jesús? Porque a Jesús también le acusaron de lo mismo: "a éste le encontramos subvirtiendo a nuestro pueblo" (Lc. 23,2), revolviéndolo desde Galilea a Judea y poniéndolo en peligro de una intervención represiva de los romanos. Si por política se entiende encarnar el mensaje evangélico en los procesos históricos e impulsar las luchas populares en lo que tienen de justo, la Iglesia de El Salvador se ha introducido en la política; si por política se entiende denunciar a los opresores y violentadores del pueblo, llamar pecado a lo que es pecado y gracia a lo que es gracia, entonces la Iglesia se ha metido en política. No se la ha perseguido por defender dogmas, que de momento para nada molestan a los detentadores del poder de este mundo; pero se la ha perseguido por encarnar virtudes heroicamente cristianas y, sobre todo, por estar con los pobres y perseguidos. La Iglesia en El Salvador no ha protestado porque se le hubiesen limitado sus derechos institucionales ni sus privilegios; no se le ha perseguido por acciones, que no ha hecho, en defensa de sus intereses; se le ha perseguido por defender los derechos y los intereses de los pobres, por atacar los egoísmos y las avaricias de los ricos, los desmanes de los militares. Monseñor Romero y su Iglesia defendían al pueblo y juzgaban las realizaciones políticas desde la historia del Reino de Dios, y esto lo hacían aun en contra de las organizaciones popula-

res, cuando éstas no tenían en debida cuenta los valores reales del pueblo o cuando proponían soluciones o cometían acciones que tampoco estaban en consonancia con la historización debida del Reino de Dios; lo que pasaba era que en este último caso, las fuerzas populares no respondían con persecución a la Iglesia. Ni siquiera han respondido con persecución a aquella Iglesia que se ha identificado con el gobierno, con los militares y con las estructuras dominantes. Y bastaría esta diferencia para calibrar lo que son unos y otros, y lo que es la verdadera persecución al verdadero pueblo de Dios.

Respecto a la persecución a la persona de Monseñor Romero que culmina en el asesinato ante el altar de Dios, cuando se disponía a iniciar el sacrificio eucarístico, uno siente en las premoniciones que hemos transcrito más arriba un eco de las premoniciones de Jesús —ésta **post eventum**— ante su próxima pasión. La misma sucesión de fechas va mostrando cómo sus anuncios se van haciendo más apremiantes. Era la situación, cada vez más grave, la que le apremiaba. Sentía que le estaban llamando revoltoso como a Jesús y que le habían sentenciado como a él, pero no por eso rehusó subir a su Jerusalén dominical, ni dejó de acudir a ninguna de sus habituales ocupaciones pastorales. Caminaba con la cuaresma camino del Calvario y no llegó vivo ni siquiera al Domingo de Ramos; ese día entró en su catedral y salió al atrio revestido de Obispo, pero ya a hombros de sacerdotes y guardado en el ataúd. Como de todos es sabido, ni siquiera pudo ser enterrado en paz; su pueblo fue de nuevo masacrado y su cadáver tuvo que ser precipitadamente enterrado. Ni entonces abandonó a su pueblo, ni su pueblo lo abandonó a él; ni siquiera lo abandonaron sus perseguidores y detractores, que quisieron impedir que el pueblo saliera esperanzado del martirio de su pastor; quisieron hundir más en la muerte a su pueblo para cerrarle la esperanza de una pronta resurrección. Pero había dejado vivas su voz y su presencia: "que quede constancia de que la voz de la justicia nadie la puede matar ya"; "si me matan, resucitaré con el pueblo salvadoreño; "un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás".

Esta conjunción del pueblo perseguido.

El asesinato de Monseñor Romero



del pueblo de Dios perseguido y de Monseñor Romero perseguido ejemplifica al máximo de qué se trata en esta cadena de persecuciones. Ante todo se da la persecución al pueblo, una persecución que es radicalmente la de la opresión estructural y que después se convierte en represión, cuando el pueblo ya concientizado y organizado lucha por su liberación. Se da después la persecución del pueblo de Dios, que busca introducir la historia de la salvación en la historia del pueblo e integrar la historia del pueblo en la historia de la salvación. Finalmente se da la persecu-

ción y la muerte de Monseñor Romero, como cabeza más visible del pueblo de Dios, con cuya muerte se espera que se dispersará el rebaño. No ha sucedido así del todo, pero el enemigo del pueblo y del Reino de Dios en la historia bien sabía que iba a ser difícil la sustitución de un Profeta y de un Obispo como Monseñor Romero. Porque le mataron los mismos que asesinan al pueblo y lo mataron con la misma impunidad con que matan al pueblo. No era un norteamericano para que la CIA o el FBI se pusiesen en movimiento para descubrir a sus asesinos y las au-

toridades salvadoreñas no 'pueden' hacerlo, a pesar de sus promesas tan repetidas como inútiles de exhaustivas investigaciones. Ni pueden ni quieren hacerlas y no hay quien les exija el hacerlas, como se lo exigen a las autoridades norteamericanas la Iglesia y el pueblo de los Estados Unidos con resultados eficaces e iluminadores.

Es claro, entonces, el significado político y el significado teológico de esta muerte y de estas persecuciones. Desde un punto de vista teológico la muerte del profeta viene por predicar el Reino de Dios con palabras históricas, que levantan movimientos históricos; desde el punto de vista político la muerte del líder religioso es buscada para frenar el movimiento popular y el apoyo de la Iglesia al movimiento popular. Y lo mismo ha de decirse de la persecución al pueblo de Dios: su acción contra las estructuras y las fuerzas, objetivación del pecado, es una acción contra el pecado y contra las estructuras y las fuerzas dominantes, es un peligro más contra su secular dominación y explotación. Algo distinto ha de decirse de la persecución al pueblo, que en su lucha quiere romper también con las estructuras injustas y quiere despojar de su fuerza de dominación y explotación a la clase dominante y a sus fieles servidores; en este caso la acción es directamente política, aunque indirecta e implícitamente puede ser también una acción en favor del Reino de Dios. Pero puede darse una confluencia entre quienes empiezan desde el carácter terrenal de la lucha contra la injusticia y los que empiezan desde el carácter cristiano de la realización del reino. Son dos caminos distintos, pero pueden estar objetivamente conexos, aunque subjetivamente no se reconozca así. Si se ha hablado de la necesaria conexión de la fe cristiana verdadera con la promoción de la justicia, no sería exagerado afirmar de la conexión también necesaria de la promoción de la justicia con la fe cristiana. La piedra de toque de una misma persecución puede servir de criterio para poner gradual y procesualmente en conexión cosas que en un primer momento pueden parecer desunidas. La realidad de la acción puede ser un fundamento más sólido que cualquier formulación ideológica. El problema no es fácil ni en la teoría ni en la práctica, pero sería absurdo negar que una sincera lucha

por el hombre y por la justicia, por más que sea llevada a cabo por marxistas, es un campo de confluencia con la fe cristiana desde la perspectiva del Reino de Dios. No verlo así es politizar excesivamente la cuestión por el lado de los cristianos que no lo quieren ver y es ideologizarla excesivamente por los marxistas que tampoco lo quieren ver. Y más que la política y la ideología debe predominar la verdad de la realidad.

Estas son algunas de las características del verdadero pueblo de Dios, vistas desde la realidad actual del pueblo salvadoreño y desde la ejemplaridad inagotable de Monseñor Romero. Pueden señalarse otras más. Las aquí apuntadas implican a su vez otras y se despliegan necesariamente en muchas más. Son como el hilo de un ovillo mucho más grande, pero son quizás el verdadero hilo del que hay que tirar para que el ovillo no se enrede y pueda convertirse todo él en hilo utilizable para tejer la vida de la Iglesia y la vida del pueblo. No se trata, por tanto, de reduccionismos sino de buscar el verdadero camino de la totalidad verdadera. A este punto podrían aplicarse palabras de Monseñor Romero referidas directamente a otro tema: "yo creo que el obispo siempre tiene mucho que aprender del pueblo. Y precisamente en los carismas que el Espíritu da al pueblo, el obispo encuentra la piedra de toque de su autenticidad" (9, Septiembre, 1979, l. c., p. 457). Esas características que aquí hemos señalado del pueblo de Dios, por ser necesidades del pueblo y urgencias de la fe, son también piedra de toque de la autenticidad del pueblo de Dios, a la que debieran recurrir los obispos, mucho más de lo que lo hacen. El pueblo de Dios tiene mucha mayor importancia en la Iglesia que su propia institucionalidad, que sus modos humanos de constituirse en sociedad. Y muchas veces vemos a los obispos y a los fieles preocupados más por la institucionalidad que por la vida del pueblo de Dios.

Nada de esto contradice el carácter jerárquico de la Iglesia que es el gran miedo de los constituidos en autoridad. Nadie discutió con seriedad la autoridad jerárquica de Monseñor Romero, pero esa autoridad la ejercía no como la ejercen los poderes de este mundo, que gustan ser adulados y quieren dominar, sino como la ejercía Jesús con sus discí-

pulos y como ordenó él de palabra y de ejemplo que se ejerciera. La Iglesia institucional debe configurarse, al menos en su espíritu, como aquella primera comunidad de base que fueron Jesús con sus seguidores y discípulos y no las comunidades de base deben configurarse conforme al modelo de una Iglesia establecida y, en muchos de sus comportamientos, mundanizada. Lo primero fue la comunidad de base como célula primera del pueblo de Dios en busca del Reino y de ahí salió poco a poco la Iglesia. Sin poder desarrollar ahora este punto, quizá lo que en él se insinúa sirva para resolver la polémica de si Jesús fundó o no fundó directa y voluntariamente una Iglesia.

Tenemos así el pueblo dando autenticidad a la Iglesia porque en él opera la fuerza del Espíritu y la verdad del Hijo anonadado y a la Iglesia, como pueblo de Dios, comunicando incesantemente vida y salvación al pueblo. "Nuestro pueblo actualmente está muy capacitado, todo su ambiente nos predica de cruz; pero los que tienen fe y esperanza cristiana saben que detrás de este calvario de El Salvador está nuestra pascua, nuestra resurrección y esa es la esperanza del pueblo cristiano" (23, Marzo, 1980, 1.c., p. 271) decía Monseñor Romero en la víspera de su muerte. "Por eso le pido al Señor, durante toda la semana, mientras voy recogiendo el clamor del pueblo y el dolor de tanto crimen, la ignominia de tanta violencia, que me dé la palabra oportuna para consolar, para denunciar, para llamar a arrepentimiento. Y aunque siga siendo una voz que clama en el desierto sé que la Iglesia está haciendo el esfuerzo por cumplir con su misión" (ib.). Lo que Dios quiere es hacer de la historia de los pueblos una historia de salvación, pero para eso se hunde lleno en esa historia de los pueblos por el camino preferencial de los pobres, a los que llama en primer lugar para ser núcleo permanente del pueblo de Dios.

Para quienes sospechan que tras todo este planteamiento hay una huida de la responsabilidad personal y de la conversión individual convendría repetir las palabras casi postreras de Monseñor Romero: "¡Que fácil es denunciar la injusticia estructural, la violencia institucionalizada, el pecado social! Y es cierto todo eso, pero ¿dónde están las fuentes del pecado social? En el corazón de

cada hombre. La sociedad actual es como una especie de sociedad anónima en que nadie se quiere echar la culpa y todos somos responsables. Todos somos responsables del negocio, pero es anónimo. Todos somos pecadores y todos hemos puesto nuestro grano de arena en esta mole de crímenes y de violencia en nuestra patria. . . Por eso, la salvación comienza desde el hombre, desde la dignidad del hombre, de arrancar el pecado a cada hombre" (ib., 273-274).

Hoy día entre nosotros la autenticidad del pueblo de Dios pasa por la pobreza y la justicia; ellas constituyen la piedra de toque de la verdad de la fe profesada y de la realidad de la vida vivida. La pobreza que consiste en encarnar todos los esfuerzos y en encarnarse en la realidad de las mayorías oprimidas, de lo que vendrá necesariamente un empobrecimiento voluntario y un despojo por parte de los que detentan el poder. La justicia que consiste en dar al pueblo lo que es del pueblo, en luchar porque sea desterrada la injusticia y la explotación, porque se instaure una nueva tierra donde sea posible la vida del hombre nuevo, que ya se ha hecho nuevo en la pobreza y en la justicia destruyendo el orden viejo, pero que aún le queda mucho por completar a su novedad en la construcción de un orden nuevo, en el que desaparezcan al máximo las causas de la explotación social y de la opresión individual.

Quisiera terminar este tema casi interminable volviendo a la cita inicial, con que empezaba el trabajo: "los que en un tiempo no eran ni siquiera un pueblo y que ahora son pueblo de Dios". Este profundo pensamiento de la epístola primera de Pedro con profundas resonancias proféticas pone en conjunción dos realidades distintas: la del pueblo y la del pueblo de Dios. No es mi propósito hacer un análisis exegético del texto sino, más bien, una proyección teológica, que tiene en cuenta la realidad del pueblo salvadoreño y, con la de él, la realidad de tantos pueblos que luchan en distintas fases por su liberación.

Muchos de estos pueblos están todavía en trance de no ser ni siquiera pueblo. No se trata de que no lo sean sociológica o políticamente, sobre todo desde un punto de vista formal. Se trata de que no lo son realmente y no lo son porque años de subdesarrollo,

explotación, opresión y represión les han impedido ser lo que son, crecer y desarrollarse como debían, dar de sí lo mejor que tienen; no lo son porque se les ha impedido disfrutar de su tierra propia, de la labor de sus manos; no lo son, porque se les ha impedido el ser autores de su propio destino y participar en el poder económico, social y político que les corresponde; no lo son porque ni siquiera se les ha dejado gozar de su propia cultura y expresar creativamente su propia interioridad. Todo ello ha hecho que buena parte del pueblo busque su supervivencia por caminos equivocados; el machismo, la promiscuidad, el alcoholismo, el revanchismo, el desprecio a la vida, los antagonismos egoístas, la violencia. . . No hay por qué idealizar al pueblo ni en sus componentes individuales y grupales ni en su conjunto. Su grandeza está por debajo de esas debilidades y por delante de esos tropiezos; su grandeza está en que así como es, ha sido elegido por Dios para derrocar a los poderosos de sus tronos. Porque en ese mismo pueblo, el pueblo de los pobres y de los oprimidos, se dan grandes virtudes de solidaridad, de sacrificio, de esperanza, de apertura.

Este pueblo, en el caso de El Salvador, tiene en sus propias entrañas grandes valores religiosos, grandes virtudes cristianas. Tiene una gran receptividad para el mensaje cristiano, cuando éste sale al encuentro de sus problemas, de sus expectativas, de sus quejas. Por eso Monseñor Romero que hablaba a un tiempo de la historia de Dios y de la historia del pueblo encontró en el pueblo una tal acogida, una acogida incomparable con la de cualquier otro obispo y con la de cualquier otro líder político. De su pueblo recogía la pregunta que era ya una respuesta inicial e, iluminada por el evangelio, se la devolvía enriquecida y enardecida. Era ciertamente su pastor, el que realmente les conocía y al que conocía realmente. "Con este pueblo no cuesta ser buen pastor. Es un pueblo que empuja a su servicio a quienes hemos sido llamados para defender sus derechos y para ser su voz" (18, Noviembre, 1979, 1.c., 457).

Y con la palabra de Dios, con la vida de Dios, con la fe en Jesucristo, con la esperanza del Reino, Monseñor Romero quería hacer de este pueblo un pueblo y, después, un pueblo de Dios. Estaba persuadido de que

si no llegaba a ser pueblo de Dios, si, lo que es peor, se le impedía ser pueblo de Dios, nunca llegaría a ser pueblo de verdad. Por eso clamaba contra quienes le impedían ser pueblo, pero también protestaba contra quienes temían que el pueblo siguiera siendo o llegara a ser pueblo de Dios. Esto también era irrespetar al pueblo, esto era también malentender lo que una predicación auténtica del mensaje cristiano puede hacer en favor del pueblo mejorando su moral, alentado su espíritu, humanizando su sufrimientos y sus victorias, racionalizando sus proyectos políticos, purificando sus conductas personales. Una revolución que no supiera respetar la fe popular, que no supiera reconocer el aporte de la fe cristiana al despertar de la conciencia colectiva salvadoreña, dejaría mucho que desear. Y lo mismo vale decir de las organizaciones populares, a las que tanto animaron Monseñor Romero y Monseñor Rivera en su **Carta Pastoral** conjunta, frente a la incompreensión de los otros cuatro obispos; las animaron pero también las criticaron, cuando en nombre de dogmatismos cerrados y de tópicos históricos ponían en peligro la fe de los organizados, que a partir de su fe optaron por las luchas revolucionarias. La fe no sólo no tiene por qué entrar en conflicto con la revolución y con los intereses verdaderos del pueblo, sino que puede ser una de sus salvaguardas y una de sus sustentaciones.

Pero para ello es necesario que haya una pastoral de acompañamiento, como propugnaba Monseñor Romero en su última **Carta Pastoral** (*La voz de los sin voz*, 1.c., pp. 168-170); para eso es necesario insertarse sacerdotalmente, misioneramente, en el pueblo que lucha, en el pueblo que se organiza. Quizás en este punto ha habido graves deficiencias de parte y parte. Por parte de las organizaciones al tener miedo de que la palabra libre del sacerdote o del delegado de la palabra se convierta en un punto de independencia y de crítica dentro de una estructura que se quiere monolítica y disciplinada; o también al no querer del cristiano su aporte explícitamente cristiano sino su aporte político. No puede decirse que no se ha pretendido instrumentalizar la fe, privándola de una fecundidad mayor, por ver el problema con mirada inmediateista y prejuiciada; pero ya debería haber pasado la hora de las descon-

fianzas y llegado la hora de ver la necesidad de que el espíritu cristiano aliente más y más en la causa popular. Por parte de la Iglesia, al tener miedo de la lucha revolucionaria con el fácil pretexto de su carácter marxista y con la cómoda excusa de que estaba siendo instrumentalizada: ¿por qué no verá la Iglesia que cuanto más dentro y más cerca esté

de las luchas y del proceso revolucionario más lo podrá influir, más lo podrá impregnar de valores evangélicos y aún de una auténtica fe cristiana? Y esto no se puede hacer desde fuera precaviendo de peligros, anatematizando acciones que no se comprenden, proveyendo de consejos inútiles, porque carecen de autoridad moral; hay que hacerlo desde



dentro, porque ¿cómo van a creer si no han escuchado la palabra? y ¿cómo van a escuchar la palabra si a nadie se le ha enviado, si es una palabra lanzada desde fuera?

No se construye el pueblo de Dios dejando a las espaldas al pueblo, a las inmensas y explotadas mayorías populares, a sus problemas reales, a sus luchas. Y la presencia de Dios en el pueblo, en sus dolores y en sus alegrías, en sus derrotas y en sus triunfos no debe traer sino bienes para el pueblo, si es

que se trata de un Dios liberador, que empuja hacia un futuro mejor, en el que todo sea nuevo, los cielos, la tierra y el propio hombre. En pocos casos, como en el de Monseñor Romero, podrá encontrarse un ejemplo tan admirable de cómo juntar los intereses del pueblo con los intereses de Dios, la historia con la transcendencia, el hombre caído con el hombre elevado, el pueblo con el verdadero pueblo de Dios.

Mayo, 1981.

